

Republicanos

DESDE que se reinstauró la monarquía en España, en este caso parlamentaria y democrática, todos los poderes fácticos suscribieron un pacto de sangre para hablar siempre bien de la realeza y no enturbiar la imagen del joven (ahora ya no tanto) Rey Juan Carlos I. Unos cuantos lustros después, aquel consenso más o menos sellado a fuego, blanco sobre negro, se ha mantenido sin apenas sobresaltos. Aquellos que opinaban que la monarquía es una institución desfasada, obsoleta y extemporánea no tenían voz. Les colocaban una mordaza, los censuraban, y tiro porque me toca.

Los españoles son tan machos (y tan imbéciles) que se permiten hablar mal de otras casas reales, especialmente la inglesa (que además se lo tiene merecido por pérfida Albión), pero luego, cuando les tocan la monarquía española, se rasgan las vestiduras y claman su grito al cielo. Los ingleses se permiten el lujo de reírse (que no es lo mismo que tomarse a broma) de su reina, de sus príncipes y de sus ladies; pero los españoles, desde que les hablan (aunque sea bien) de sus Reyes, de su Príncipe y de sus Infantías, se ponen hipócritamente en pie de guerra, son capaces de batirse a duelo con D'Artagnán.

El otro día leí que algo así como 44 de cada 100 diputados laboristas británicos estaban a favor



CRISTÓBAL
D. PENATE

de instaurar la República en su país, lo cual, que quieras que te diga, me parece hasta una cifra bajísima entre los políticos izquier-

distas, sobre todo si se ve a qué se dedica su familia real y a lo incomprensible de sus gastos suntuosos, que pagan todos los ciudadanos, y lo poco que da a cambio.

En España se ha puesto de moda debatir sobre la monarquía y la república, especialmente a raíz de la publicación del libro de Antonio García Trevijano. A los españoles se les está quitando el miedo a decir en voz alta lo que piensan en privado: que la monarquía es una institución periclitada que no tiene más sentido que estabilizar un país en épocas difíciles del paso de una dictadura a una democracia. Como ocurrió en España tras la muerte de Franco. Los monárquicos son como los católicos, gente que profesa un credo, que es muy respetable, pero no por ello tienen que tener razón ni imponer sus criterios al resto de sus conciudadanos. Dentro de seis años estaremos en el siglo XXI.